



Franz Kafka

En la colonia
penitenciaria

E LEJANDRIA

EN LA COLONIA PENITENCIARIA

FRANZ KAFKA

1919

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

En la colonia penitenciaria

Franz Kafka

Traducido al castellano desde la traducción al inglés, de dominio público, por Ian Johnstone

"Es un aparato peculiar", dijo el oficial al viajero, mirando con cierta admiración el aparato, con el que, por supuesto, estaba completamente familiarizado. Al parecer, el Viajero había respondido a la invitación del Comandante sólo por cortesía, al ser invitado a asistir a la ejecución de un soldado condenado por desobedecer e insultar a su superior. Por supuesto, el interés por la ejecución no era muy grande, ni siquiera en la propia colonia penal. Al menos, aquí, en el pequeño, profundo y arenoso valle, cerrado por todos los lados por áridas laderas, aparte del Oficial y el Viajero sólo estaban presentes el Condenado, un hombre de aspecto vacuo, con la boca ancha y el pelo y la cara deteriorados, y el Soldado, que sostenía la pesada cadena a la que estaban unidas las pequeñas cadenas que ataban al Condenado por los pies y los huesos de la muñeca, así como por el cuello, y que también estaban unidas entre sí por cadenas de conexión. El Condenado tenía una expresión de resignación tan perruna que parecía que se le podía dejar libre para que vagara por las laderas y sólo habría que silbar al inicio de la ejecución para que volviera.

El Viajero tenía poco interés en el aparato y caminaba de un lado a otro detrás del Condenado, casi visiblemente indiferente, mientras el Oficial se ocupaba de los últimos preparativos. A veces se arrastraba bajo el aparato, que estaba construido en la profundidad de la tierra, y otras veces subía por una escalera para inspeccionar las partes superiores. En realidad eran trabajos que podrían haberse dejado en manos de un mecánico, pero el Oficial los realizaba con

gran entusiasmo, tal vez porque le gustaba especialmente este aparato o porque había alguna otra razón por la que no se podía confiar el trabajo a nadie más. "¡Ya está todo listo!", gritó finalmente y volvió a bajar la escalera. Estaba inusualmente cansado, respirando con la boca abierta, y había metido dos finos pañuelos de señora bajo el cuello de su uniforme.

"Estos uniformes son realmente demasiado pesados para el trópico", dijo el Viajero, en lugar de hacer algunas preguntas sobre el aparato, como había esperado el Oficial. "Es cierto", dijo el oficial. Se lavó el aceite y la grasa de sus manos sucias en un cubo de agua que tenía preparado, "pero significan el hogar, y no queremos perder nuestra patria". "Ahora, echa un vistazo a este aparato", añadió inmediatamente, secándose las manos con una toalla y señalando el dispositivo. "Hasta este momento he tenido que hacer algunos trabajos a mano, pero a partir de ahora el aparato debería funcionar completamente solo". El Viajero asintió y siguió al Oficial. Éste trató de protegerse contra cualquier eventualidad diciendo: "Por supuesto, las averías ocurren. Realmente espero que no ocurra ninguna hoy, pero debemos estar preparados para ello. Se supone que el aparato debe seguir funcionando durante doce horas sin interrupción. Pero si se produce alguna avería, será de poca importancia y la solucionaremos enseguida".

"¿No quieres sentarte?", preguntó finalmente, mientras sacaba una silla de un montón de sillas de caña y se la ofrecía al Viajero. Éste no pudo negarse. Se sentó en el borde del pozo, al que echó una mirada fugaz. No era muy profundo. A un lado del agujero la tierra amontonada formaba una pared; al otro lado estaba el aparato. "No sé", dijo el oficial, "si el Comandante le ha explicado ya el aparato". El Viajero hizo un gesto vago con la mano. Eso fue suficiente para el Oficial, pues ahora podía explicar el aparato él mismo.

"Este aparato -dijo agarrando una biela y apoyándose en ella- es un invento de nuestro anterior Comandante. Yo también trabajé con él en las primeras pruebas y participé en todo el trabajo hasta su finalización. Sin embargo, el mérito de la invención le pertenece sólo a él. ¿Ha oído hablar de nuestro anterior comandante? ¿No? Bueno, no estoy afirmando demasiado cuando digo que la organización de toda la colonia penal es obra suya. Nosotros, sus amigos, ya sabíamos en el momento de su muerte que la administración de la colonia era tan autónoma que, aunque su sucesor tuviera en mente mil planes nuevos, no podría alterar nada del plan anterior, al menos durante varios años. Y nuestra predicción se ha cumplido. El nuevo comandante ha tenido que reconocerlo. Es una pena que no conociera al anterior Comandante".

"Sin embargo", dijo el Oficial, interrumpiéndose, "estoy charlando, y su aparato está aquí delante de nosotros. Como ven, consta de tres partes. Con el paso del tiempo se han desarrollado ciertos nombres populares para cada una de estas partes. La de abajo se llama cama, la de arriba se llama inscriptor, y aquí en medio, esta parte móvil se llama grada." "¿La grada?", preguntó el Viajero. No había estado escuchando con total atención. El sol era excesivamente fuerte, atrapado en el valle sin sombras, y apenas podía ordenar sus pensamientos. Por eso, el Oficial le pareció aún más admirable con su ajustada túnica cargada de charreteras y engalanada con trenzas, lista para desfilar, mientras explicaba el asunto con tanto afán y, mientras hablaba, ajustaba tornillos aquí y allá con un destornillador.

El Soldado parecía estar en un estado similar al del Viajero. Había enrollado la cadena del Condenado alrededor de sus dos muñecas y se apoyaba con la mano en su arma, dejando colgar la cabeza hacia atrás, sin preocuparse por nada. El Viajero no se sorprendió por ello, ya que el Oficial hablaba francés, y era evidente que ni el Soldado ni el Condenado entendían el idioma. Así que fue aún más

sorprendente que el Condenado, a pesar de eso, hiciera lo posible por seguir la explicación del Oficial. Con una especie de persistencia somnolienta seguía dirigiendo su mirada hacia el lugar donde el Oficial acababa de señalar, y cuando la pregunta del Viajero interrumpió al Oficial, el Condenado miró también al Viajero, tal como lo hacía el Oficial.

"Sí, la grada", dijo el Oficial. "El nombre encaja. Las agujas están dispuestas como en una grada, y el conjunto se conduce como una grada, aunque se queda en un lugar y es, en principio, mucho más artístico. Lo entenderás en un momento. Los condenados están colocados aquí en la cama. Primero describiré el aparato y sólo después dejaré que el procedimiento se ponga en marcha. Así podrán seguirlo mejor. También una rueda dentada del inscriptor está excesivamente desgastada. Realmente chirría. Cuando está en movimiento apenas se puede hacer entender. Lamentablemente las piezas de repuesto son difíciles de conseguir en este lugar. Por lo tanto, aquí está la cama, como he dicho. Toda ella está completamente cubierta con una capa de algodón, cuyo propósito descubrirán en un momento. El condenado está acostado boca abajo sobre el algodón, desnudo, por supuesto. Hay correas para las manos aquí, para los pies aquí y para la garganta aquí, para atarlo firmemente. En la cabecera de la cama, donde el hombre, como ya he dicho, se tumba primero boca abajo, está este pequeño bulto de fieltro que sobresale y que puede ajustarse fácilmente para que presione justo en la boca del hombre. Su propósito es evitar que grite y se muerda la lengua. Por supuesto, el hombre tiene que dejar que el fieltro entre en su boca, de lo contrario las correas alrededor de su garganta le romperían el cuello". "¿Eso es algodón?", preguntó el Viajero y se agachó. "Sí, lo es", dijo el oficial sonriendo, "tóquelo usted mismo".

Tomó la mano del Viajero y lo condujo hasta la cama. "Es un algodón especialmente preparado. Por eso parece tan irreconocible.

Enseguida le diré para qué sirve". El Viajero ya estaba siendo conquistado un poco por el aparato. Con la mano sobre los ojos para protegerlos del sol, miró el aparato en el agujero. Era una construcción enorme. La cama y el inscriptor tenían el mismo tamaño y parecían dos cofres oscuros. El inscriptor estaba colocado a unos dos metros por encima de la cama, y los dos estaban unidos en las esquinas por cuatro varillas de latón, que casi reflejaban el sol. La grada colgaba entre los cofres sobre una banda de acero.

El oficial apenas se había dado cuenta de la anterior indiferencia del viajero, pero ahora tenía la sensación de que el interés de éste se despertaba por primera vez. Así que hizo una pausa en su explicación para que el Viajero tuviera tiempo de observar el aparato sin ser molestado. El Condenado imitó al Viajero, pero como no podía ponerse la mano sobre los ojos, parpadeó hacia arriba con los ojos descubiertos.

"Así que ahora el hombre está acostado", dijo el Viajero. Se recostó en su silla y cruzó las piernas.

"Sí", dijo el oficial, echando un poco la gorra hacia atrás y pasándose la mano por la cara caliente. "Ahora, escucha. Tanto la cama como el inscriptor tienen sus propias baterías eléctricas. La cama las necesita para sí misma, y el inscriptor para la grada. En cuanto el hombre está bien atado, la cama se pone en movimiento. Se estremece con pequeñas y rapidísimas oscilaciones de lado a lado y de arriba a abajo simultáneamente. Usted habrá visto dispositivos similares en los hospitales psiquiátricos. Sólo que en nuestra cama todos los movimientos están calibrados con precisión, ya que deben estar meticulosamente coordinados con los movimientos de la grada. Pero es la grada la que tiene el trabajo de ejecutar realmente la sentencia".

"¿Cuál es la sentencia?", preguntó el Viajero. "¿Ni siquiera lo sabes?", preguntó asombrado el Oficial y se mordió el labio. "Perdóneme si mis explicaciones son tal vez confusas. Le ruego que me disculpe. Antes el Comandante tenía la costumbre de dar esas explicaciones. Pero el nuevo comandante se ha excusado de este honorable deber. El hecho de que con un visitante tan eminente -el viajero intentó desviar el honor con ambas manos, pero el oficial insistió en la expresión- "que con un visitante tan eminente no le haya hecho saber ni una sola vez la forma de nuestra condena es de nuevo algo nuevo, que..." Tenía una maldición en los labios, pero se controló y se limitó a decir "No fui informado al respecto. No es culpa mía. En cualquier caso, sin duda soy la persona más capacitada para explicar nuestro estilo de sentencias, pues aquí llevo" -se palmeó el bolsillo del pecho- "los diagramas pertinentes hechos por el anterior Comandante".

"¿Diagramas hechos por el propio Comandante?", preguntó el Viajero. "Entonces, ¿era en su persona una combinación de todo? ¿Era soldado, juez, ingeniero, químico y dibujante?"

"En efecto, lo era", dijo el Oficial, asintiendo con la cabeza con una expresión fija y pensativa. Luego se miró las manos, examinándolas. No le parecieron lo suficientemente limpias como para manejar los diagramas. Así que fue al cubo y se las lavó de nuevo. Luego sacó una pequeña carpeta de cuero y dijo: "Nuestra sentencia no parece severa. La ley que un condenado ha violado se inscribe en su cuerpo con la grada. Este condenado, por ejemplo", y el oficial señaló al hombre, "tendrá inscrito en su cuerpo: 'Honra a tus superiores'".

El Viajero echó un rápido vistazo al hombre. Cuando el Oficial lo señalaba, el hombre mantenía la cabeza baja y parecía dirigir toda su energía a escuchar para aprender algo. Pero los movimientos de

sus gruesos labios de puchero mostraban claramente que era incapaz de entender nada. El Viajero quiso plantear varias preguntas, pero tras mirar al Condenado se limitó a preguntar: "¿Conoce su condena?". "No", dijo el Oficial. Quería seguir con su explicación de inmediato, pero el Viajero le interrumpió: "¿No conoce su propia sentencia?" "No", dijo el oficial una vez más. Luego se detuvo un momento, como si le pidiera al Viajero una razón más detallada para su pregunta, y dijo: "Sería inútil darle esa información. La experimenta en su propio cuerpo". El Viajero realmente quería callarse en este punto, pero sintió cómo el Condenado lo miraba: parecía estar preguntando si podía aprobar el proceso que el Oficial había descrito. Así que el Viajero, que hasta ese momento había estado inclinado hacia atrás, se inclinó de nuevo hacia delante y continuó con sus preguntas: "¿Pero tiene, no obstante, alguna idea general de que ha sido condenado?". "Eso tampoco", dijo el Oficial, y sonrió al viajero, como si aún esperara alguna extraña revelación de su parte. "¿No?", dijo el Viajero, enjugándose la frente, "¿entonces el hombre tampoco sabe aún cómo fue recibida su defensa?". "No ha tenido oportunidad de defenderse", dijo el Oficial y miró hacia otro lado, como si hablara consigo mismo y deseara no avergonzarse al Viajero con una explicación de asuntos tan evidentes para él. "Pero debió de tener la oportunidad de defenderse", dijo el viajero y se levantó de la silla.

El oficial reconoció que corría el riesgo de que su explicación sobre el aparato fuera retenida durante mucho tiempo. Así que se dirigió al Viajero, lo tomó por el brazo, señaló con la mano al Condenado, que permanecía rígido ahora que la atención se dirigía tan claramente a él -el Soldado también tiraba de su cadena- y dijo: "El asunto está así. Aquí, en la colonia penal, he sido nombrado juez. A pesar de mi juventud. Porque estuve al lado de nuestro Viejo Comandante en todos los asuntos de castigo, y también soy el que más sabe del aparato. El principio básico que utilizo para mis decisiones es este: La culpabilidad está siempre más allá de toda duda. Otros tribunales no podrían seguir este principio, ya que están formados por muchas

cabezas y, además, tienen tribunales aún más altos por encima de ellos. Pero este no es el caso aquí, o al menos no era así con el anterior Comandante. Es cierto que el Nuevo Comandante ya ha mostrado su deseo de meterse en mi corte, pero hasta ahora he tenido éxito en rechazarle. Y seguiré teniendo éxito. Quieres que te explique este caso. Es sencillo, como todos ellos. Esta mañana un capitán presentó una acusación de que este hombre, que está asignado a él como sirviente y que duerme ante su puerta, había estado durmiendo en su servicio. Pues su tarea consiste en levantarse cada vez que el reloj marca la hora y saludar ante la puerta del capitán. Ciertamente no es una tarea difícil, y es necesaria, ya que se supone que debe permanecer fresco tanto para la guardia como para el servicio. Ayer por la noche, el capitán quiso comprobar si su criado cumplía con su deber. Abrió la puerta al filo de las dos y lo encontró acurrucado y dormido. Cogió su fusta y le golpeó en la cara. Ahora, en lugar de levantarse y pedir perdón, el hombre agarró a su amo por las piernas, lo sacudió y gritó: "Tira ese látigo o te comeré". Esos son los hechos. El capitán vino a verme hace una hora. Redacté su declaración y justo después la sentencia. Luego hice encadenar al hombre. Todo fue muy sencillo. Si primero hubiera citado al hombre y lo hubiera interrogado, el resultado habría sido la confusión. Habría mentido, y si yo hubiera logrado refutar sus mentiras, él las habría sustituido por otras nuevas, y así sucesivamente. Pero ahora lo tengo, y no lo soltaré de nuevo. Ahora, ¿eso lo aclara todo? Pero el tiempo pasa. Deberíamos empezar la ejecución, y aún no he terminado de explicar el aparato".

Instó al viajero a sentarse en su silla, se dirigió de nuevo al aparato y comenzó: "Como ve, la forma de la grada corresponde a la forma de un hombre. Esta es la grada para la parte superior del cuerpo, y aquí están las gradas para las piernas. Esta pequeña grada es la única designada para la cabeza. ¿Está claro para usted?" Se inclinó hacia el Viajero de forma amistosa, dispuesto a dar la explicación más completa.

El Viajero miró la grada con el ceño fruncido. La información sobre los procedimientos judiciales no le había satisfecho. Sin embargo, tuvo que decirse a sí mismo que aquí se trataba de una colonia penal, que en este lugar eran necesarias regulaciones especiales y que había que dar prioridad a las medidas militares hasta el último detalle. Sin embargo, más allá de eso, tenía algunas esperanzas en el nuevo comandante, que evidentemente, aunque con lentitud, pretendía introducir un nuevo procedimiento al que la limitada comprensión de este oficial no podía hacer frente.

Siguiendo esta línea de pensamiento, el Viajero preguntó: "¿Estará el Comandante presente en la ejecución?". "Eso no es seguro", dijo el Oficial, vergonzosamente afectado por la repentina pregunta, y su expresión amistosa hizo una mueca. "Por eso tenemos que darnos prisa. Por mucho que lo lamente, tendré que hacer mi explicación aún más breve. Pero mañana, cuando el aparato vuelva a estar limpio -el hecho de que se ensucie tanto es su único defecto-, podré añadir una explicación detallada. Así que ahora, sólo lo más importante. Cuando el hombre está tumbado en la cama y ésta empieza a temblar, la grada se hunde en el cuerpo. Se posiciona automáticamente de tal manera que toca el cuerpo sólo ligeramente con las puntas de las agujas. Una vez que la máquina se coloca en esta posición, este cable de acero se tensa hasta formar una barra. Y ahora comienza la actuación. Alguien que no sea un iniciado no ve ninguna diferencia externa entre los castigos. La grada parece hacer su trabajo de manera uniforme. Mientras se estremece, clava las puntas de sus agujas en el cuerpo, que también vibra por el movimiento de la cama. Ahora bien, para que alguien pueda comprobar cómo se ejecuta la sentencia, la grada es de cristal. Eso dio lugar a ciertas dificultades técnicas para fijar las agujas de forma segura, pero tras varios intentos lo conseguimos. No escatimamos esfuerzos. Y ahora, como la inscripción está hecha en el cuerpo, todo el mundo puede ver a través del cristal. ¿No quieres acercarte y ver las agujas por ti mismo?".

El Viajero se levantó lentamente, se acercó y se inclinó sobre la grada. "Ves", dijo el Oficial, "dos tipos de agujas en una disposición múltiple. Cada aguja larga tiene una corta al lado. La larga inscribe, y la corta lanza un chorro de agua para lavar la sangre y mantener la inscripción siempre clara. El agua ensangrentada se canaliza aquí en pequeñas ranuras y finalmente desemboca en estos canalones principales, y el tubo de salida la lleva a la fosa." El oficial señaló con el dedo el camino exacto que debía seguir el agua ensangrentada. Cuando empezó a hacer una demostración con ambas manos en la boca del tubo de salida, para que su relato fuera lo más claro posible, el Viajero levantó la cabeza y, tanteando con la mano detrás de él, quiso volver a su silla. Entonces vio con horror que el Condenado también había aceptado, como él, la invitación del Oficial a inspeccionar de cerca la disposición de la grada. Había tirado del Soldado dormido que sujetaba la cadena un poco hacia delante y también se inclinaba sobre el cristal. Se podía ver cómo con una mirada confusa también buscaba lo que los dos caballeros acababan de observar, pero no lo conseguía porque le faltaba la explicación. Se inclinaba hacia delante de un lado a otro. Pasaba sus ojos por el cristal una y otra vez. El Viajero quiso empujarle hacia atrás, pues lo que estaba haciendo era probablemente punible. Pero el oficial sujetó firmemente al viajero con una mano y con la otra cogió un trozo de tierra de la pared y lo lanzó contra el soldado. Éste abrió los ojos con un sobresalto, vio lo que el Condenado se había atrevido a hacer, dejó caer su arma, apoyó los talones en la tierra y tiró del Condenado hacia atrás, de modo que se desplomó inmediatamente. El Soldado lo miró, mientras se retorció, haciendo tintinear su cadena. "Levántenlo", gritó el Oficial. Entonces se dio cuenta de que el Condenado estaba distrayendo demasiado al Viajero. Éste incluso se asomaba lejos de la grada, sin prestarle atención, queriendo averiguar qué le pasaba al Condenado. "Manejadlo con cuidado", volvió a gritar el Oficial. Corrió alrededor del aparato, agarró personalmente al Condenado

por debajo de las axilas y, con la ayuda del Soldado, puso en pie al hombre, cuyos pies seguían resbalando.

"Ahora lo sé todo", dijo el Viajero, cuando el Oficial se volvió de nuevo hacia él. "Excepto lo más importante", dijo éste, agarrando al Viajero por el brazo y señalando hacia lo alto. "Allí, en el inscriptor, está el mecanismo que determina el movimiento de la grada, y este mecanismo está dispuesto según el diagrama en el que se establece la frase. Todavía utilizo los diagramas del anterior Comandante. Aquí están". Sacó algunas páginas de la carpeta de cuero. "Lamentablemente no puedo entregárselos. Son lo más preciado que poseo. Siéntate y te las enseñaré desde esta distancia. Así podrás verlo todo bien". Mostró la primera hoja. El Viajero habría estado encantado de decir algo apreciativo, pero todo lo que vio fue una serie laberíntica de líneas, que se entrecruzaban de todas las maneras posibles. Éstas cubrían el papel de forma tan densa que sólo con dificultad se podían distinguir los espacios blancos entre ellas. "Léalo", dijo el oficial. "No puedo", dijo el Viajero. "Pero está claro", dijo el Oficial". "Es muy elaborado", dijo el Viajero evasivamente, "pero no puedo descifrarlo".

"Sí", dijo el Oficial, sonriendo y devolviendo la carpeta a su sitio, "no es una caligrafía para niños de escuela. Hay que leerla mucho tiempo. Al final tú también lo entenderás con claridad. Por supuesto, tiene que ser una escritura que no sea sencilla. Verás, no se supone que se mate de inmediato, sino en un promedio de doce horas. El punto de inflexión está fijado para la sexta hora. También debe haber muchos, muchos adornos que rodean el guión básico. El guión esencial se mueve alrededor del cuerpo sólo en un estrecho cinturón. El resto del cuerpo se reserva para la decoración. ¿Puedes apreciar ahora el trabajo de la grada y de todo el aparato? Sólo hay que mirarlo". Subió de un salto a la escalera, hizo girar una rueda y llamó hacia abajo: "¡Cuidado, muévete hacia un lado!". Todo se puso en movimiento. Si la rueda no hubiera chirriado, habría sido

maravilloso. El oficial amenazó la rueda con el puño, como si se sorprendiera por el alboroto que creaba. Luego extendió los brazos, disculpándose con el viajero, y bajó rápidamente, para observar el funcionamiento del aparato desde abajo.

Algo seguía sin funcionar correctamente, algo que sólo él notaba. Volvió a trepar y metió las manos en el interior del inscriptor. Luego, para descender más rápidamente, en lugar de utilizar la escalera, se deslizó por uno de los postes y, para hacerse entender a través del ruido, forzó al máximo su voz mientras gritaba al oído del viajero: "¿Entiendes el proceso? La grada está empezando a escribir. Cuando termina con la primera parte de la escritura en la espalda del hombre, la capa de algodón se enrolla y gira el cuerpo lentamente sobre su costado para que la grada tenga una nueva área. Mientras tanto, las partes laceradas por la inscripción se apoyan en el algodón que, al estar especialmente tratado, detiene inmediatamente la hemorragia y prepara la escritura para una nueva profundización. Aquí, mientras el cuerpo sigue girando, unas púas situadas en el borde de la grada sacan el algodón de las heridas, lo arrojan a la fosa y la grada vuelve a trabajar. De este modo sigue profundizando la inscripción durante doce horas. Durante las primeras seis horas el condenado sigue viviendo casi como antes. No sufre más que dolor. Al cabo de dos horas, se retira el fieltro, pues en ese momento el hombre no tiene más energía para gritar. Aquí, en la cabecera de la cama, se pone arroz con leche caliente en este cuenco calentado eléctricamente. El hombre, si le apetece, puede servirse lo que pueda lamer con la lengua. Nadie deja pasar esta oportunidad. No conozco a ninguno, y he tenido mucha experiencia. La primera vez que pierde el placer de comer es alrededor de la sexta hora. Suelo arrodillarme en este punto y observar el fenómeno. El hombre rara vez se traga el último trozo. Lo hace girar en su boca y lo escupe en el pozo. Cuando lo hace, tengo que inclinarme a un lado o me dará en la cara. Pero ¡qué tranquilo se vuelve el hombre hacia la sexta hora! Los más estúpidos empiezan a comprender. Comienza alrededor de los ojos

y se extiende desde allí. Una mirada que podría tentar a uno a acostarse bajo la grada. No ocurre nada más. El hombre simplemente comienza a descifrar la inscripción. Frunce los labios, como si estuviera escuchando. Ha visto que no es fácil descifrar la inscripción con los ojos, pero nuestro hombre la descifra con sus heridas. Es cierto que lleva mucho trabajo. Requiere seis horas para completarlo. Pero luego la grada lo escupe y lo arroja a la fosa, donde chapotea en el agua ensangrentada y el algodón. Entonces termina el juicio, y nosotros, el soldado y yo, lo enterramos rápidamente".

El Viajero había inclinado su oído hacia el Oficial y, con las manos en los bolsillos de su abrigo, observaba la máquina en funcionamiento. El Condenado también miraba, pero sin entender. Se inclinó un poco hacia delante y siguió las agujas en movimiento, mientras el Soldado, tras una señal del Oficial, cortaba con un cuchillo por la espalda la camisa y los pantalones, de modo que éstos cayeron del Condenado. Éste quiso agarrar las prendas que caían para cubrir su carne desnuda, pero el Soldado lo sostuvo y le sacudió los últimos trapos. El oficial apagó la máquina y, en el silencio que se produjo, el condenado fue colocado bajo la grada. Le quitaron las cadenas y le pusieron las correas en su lugar. Para el condenado, a primera vista, esto pareció significar casi un alivio. Y ahora la grada se hundió un poco más, porque el condenado era un hombre delgado. Cuando las puntas de las agujas lo tocaron, un escalofrío recorrió su piel. Mientras el Soldado se ocupaba de la mano derecha, el Condenado estiró la izquierda, sin saber la dirección. Pero apuntaba hacia donde estaba el Viajero. El Oficial seguía mirando al Viajero de reojo, sin quitarle los ojos de encima, como si tratara de leer en su rostro la impresión que le producía la ejecución, que ahora le había explicado, al menos superficialmente.

La correa destinada a sujetar la muñeca se rasgó. Probablemente el soldado había tirado de ella con demasiada fuerza. El soldado le

mostró al oficial el trozo de correa arrancado, queriendo que le ayudara. El oficial se acercó a él y le dijo, con la cara vuelta hacia el viajero: "La máquina es muy complicada. De vez en cuando algo tiene que desgarrarse o romperse. No hay que dejar que eso le reste valor a la opinión general. De todos modos, tenemos un reemplazo inmediato para la correa. Usaré una cadena, aunque eso afectará a la sensibilidad de los movimientos del brazo derecho". Y mientras colocaba la cadena, siguió hablando: "Nuestros recursos para el mantenimiento de la máquina son muy limitados en este momento. Con el anterior Comandante, tenía libre acceso a una caja especialmente destinada a este fin. Aquí había un almacén en el que se guardaban todas las posibles piezas de recambio. Reconozco que hice un uso casi extravagante de ella. Me refiero a antes, no a ahora, como afirma el Nuevo Comandante. Para él todo sirve sólo como pretexto para luchar contra los antiguos acuerdos. Ahora mantiene la caja de la maquinaria bajo su propio control, y si le pido una correa nueva, exige la rota como prueba, la nueva no llega hasta dentro de diez días, y es de una marca inferior, de poca utilidad para mí. Pero cómo voy a conseguir que la máquina funcione mientras tanto sin una correa: nadie se preocupa de eso".

El Viajero estaba pensando: siempre es cuestionable intervenir con decisión en circunstancias extrañas. No era ciudadano de la colonia penal ni del Estado al que pertenecía. Si quería condenar la ejecución o incluso obstaculizarla, la gente podría decirle: Eres un extranjero, cállate. Él no tendría nada que responder a eso, sino que sólo podría añadir que no entendía lo que estaba haciendo en esta ocasión, ya que el propósito de su viaje era simplemente observar y no alterar de ninguna manera los sistemas judiciales de otros pueblos. Ciertamente es que a estas alturas, tal y como estaban resultando las cosas, era muy tentador. La injusticia del proceso y la inhumanidad de la ejecución estaban fuera de toda duda. Nadie podía suponer que el Viajero actuaba por su propio interés, ya que el Condenado era un extraño para él, no un compatriota y no alguien que invitara a la simpatía de ninguna manera. El propio Viajero tenía

cartas de referencia de altos funcionarios y había sido recibido aquí con gran cortesía. El hecho de haber sido invitado a esta ejecución parecía incluso indicar que la gente pedía su juicio sobre este proceso. Esto era tanto más probable cuanto que el Comandante, como había oído ahora con demasiada claridad, no era partidario de este proceso y mantenía una relación casi hostil con el Oficial.

Entonces el viajero escuchó un grito de rabia del oficial. Acababa de meter el trozo de fieltro en la boca del condenado, no sin dificultad, cuando éste, vencido por una náusea irresistible, cerró los ojos y vomitó. El Oficial lo levantó rápidamente del muñón y quiso apartar la cabeza hacia la fosa. Pero era demasiado tarde. El vómito ya caía sobre la máquina. "¡Todo esto es culpa del Comandante!", gritó el oficial y sacudió sin pensar las barras de latón de la parte delantera. "Mi máquina está tan sucia como una pocilga". Con manos temblorosas mostró al Viajero lo que había sucedido. "¿No me he pasado horas tratando de hacer entender al Comandante que un día antes de la ejecución no debe servirse más comida? Pero la nueva administración indulgente tiene una opinión diferente. Antes de que el hombre sea conducido, las mujeres del Comandante le hacen tragar cosas azucaradas. Toda su vida se ha alimentado de pescado apestoso, ¡y ahora tiene que comer dulces! Pero eso estaría bien - no tendría ninguna objeción-, pero ¿por qué no le dan un nuevo fieltro, como le he estado pidiendo desde hace tres meses? ¿Cómo puede alguien llevarse este fieltro a la boca sin sentir asco, algo que cien hombres han chupado y mordido mientras morían?"

El Condenado había recostado la cabeza y parecía tranquilo. El Soldado estaba ocupado limpiando la máquina con la camisa del Condenado. El Oficial se acercó al Viajero, quien, sintiendo alguna premonición, dio un paso atrás. Pero el Oficial lo agarró de la mano y lo apartó. "Quiero hablarte unas palabras en confianza", dijo. "¿Puedo hacerlo?" "Por supuesto", dijo el Viajero y escuchó con los ojos bajos.

"Este proceso y su ejecución, que usted tiene ahora la oportunidad de admirar, no tienen más partidarios abiertos en nuestra colonia. Yo soy su único defensor, al igual que soy el único defensor del legado del Viejo Comandante. Ya no puedo pensar en una organización más amplia del proceso; estoy usando todos mis poderes para mantener lo que hay en la actualidad. Cuando el Viejo Comandante estaba vivo, la colonia estaba llena de sus partidarios. Yo tengo algo del poder de persuasión del Viejo Comandante, pero carezco por completo de su poder, y como resultado los partidarios se han escondido. Todavía hay muchos, pero nadie lo admite. Si entras hoy en una casa de té -es decir, en un día de ejecución- y mantienes los oídos abiertos, quizá no oigas más que comentarios ambiguos. Todos son partidarios, pero bajo el actual Comandante, considerando sus actuales puntos de vista, son totalmente inútiles para mí. Y ahora te pregunto: ¿Debe el trabajo de toda una vida - señaló a la máquina- quedar en nada por culpa de este Comandante y de las mujeres que le influyen? ¿Debe la gente dejar que eso ocurra? ¿Aunque uno sea extranjero y sólo esté en nuestra isla un par de días? Pero no hay tiempo que perder. La gente ya está preparando algo contra mi proceso judicial. Ya se están llevando a cabo discusiones en el cuartel general del Comandante, a las que no estoy invitado. Incluso su visita de hoy me parece típica de toda la situación. La gente es cobarde y te envía a ti, un extranjero. ¡Deberías haber visto las ejecuciones en días anteriores! Todo el valle estaba lleno de gente, incluso un día antes de la ejecución. Todos vinieron simplemente a mirar. A primera hora de la mañana apareció el Comandante con sus mujeres. Las fanfarrias despertaron a todo el campamento. Les di la noticia de que todo estaba listo. Toda la sociedad -y todos los altos funcionarios debían asistir- se dispuso alrededor de la máquina. Este montón de sillas de caña es un lamentable resto de aquella época. La máquina estaba recién limpiada y brillaba. Para casi todas las ejecuciones tenía piezas de repuesto nuevas. Ante cientos de ojos -todos los espectadores estaban de puntillas hasta las colinas de allí- el

condenado era depositado bajo la grada por el propio Comandante. Lo que hoy en día hace un soldado raso era entonces mi trabajo como juez mayor, y era un honor para mí. Y entonces comenzó la ejecución. Ninguna nota discordante perturbó el trabajo de la máquina. Mucha gente no miró más, sino que se tumbó con los ojos cerrados en la arena. Todos lo sabían: ahora se hacía justicia. En silencio, la gente no escuchaba más que los gemidos del condenado, amortiguados por el fieltro. Hoy en día, la máquina ya no consigue arrancar un gemido fuerte al condenado, algo que el fieltro no es capaz de sofocar. Pero entonces las agujas que hacían la inscripción goteaban un líquido cáustico que hoy ya no se permite utilizar. Entonces llegó la sexta hora. Fue imposible acceder a todas las peticiones que la gente hizo para que se les permitiera ver de cerca. El Comandante, en su sabiduría, dispuso que los niños fueran atendidos antes que el resto. Naturalmente, siempre se me permitía estar cerca, debido a mi posición oficial. A menudo me agachaba allí con dos niños pequeños en brazos, a mi derecha y a mi izquierda. ¡Cómo contemplamos todos la expresión de transfiguración del rostro martirizado! ¡Cómo sostuvimos nuestras mejillas en el resplandor de esta justicia, finalmente alcanzada y que ya está pasando! Qué momentos pasamos, amigo mío".

El oficial había olvidado obviamente quién estaba frente a él. Había rodeado con su brazo al Viajero y apoyado su cabeza en su hombro. El Viajero estaba muy avergonzado. Impaciente, apartó la mirada por encima de la cabeza del oficial. El Soldado había terminado su tarea de limpieza y acababa de sacudir un poco de arroz con leche en el cuenco desde una lata. Apenas el Condenado, que parecía ya totalmente recuperado, se dio cuenta de ello, su lengua comenzó a lamer el pudín. El Soldado lo apartó, ya que el pudín probablemente estaba destinado a un momento posterior, pero en cualquier caso no era apropiado que el Soldado metiera la mano y cogiera algo de comida con sus sucias manos y se la comiera delante del famélico Condenado.

El Oficial se recompuso rápidamente. "No quería molestarte de ninguna manera", dijo. "Sé que es imposible hacer que alguien entienda esos días ahora. Además, la máquina sigue funcionando y opera por sí misma. Funciona por sí misma incluso cuando está sola en este valle. Y al final, el cuerpo sigue cayendo en ese vuelo increíblemente suave hacia la fosa, aunque no haya cientos de personas reunidas como moscas alrededor del agujero como antes. Por aquel entonces teníamos que levantar una fuerte barandilla alrededor de la fosa. Hace tiempo que la retiraron".

El Viajero quiso apartar la cara del Oficial y miró sin rumbo a su alrededor. El Oficial pensó que estaba mirando el páramo del valle. Así que le cogió de las manos, le hizo girar para captar su mirada y le preguntó: "¿Ves la vergüenza?".

Pero el Viajero no dijo nada. El oficial lo dejó solo un rato. Con las piernas separadas y las manos en las caderas, el Oficial se quedó quieto y miró al suelo. Luego sonrió al Viajero alegremente y dijo: "Ayer estaba cerca cuando el Comandante te invitó. Escuché la invitación. Conozco al Comandante. Entendí enseguida lo que pretendía con su invitación. Aunque su poder podría ser lo suficientemente grande como para actuar contra mí, aún no se atreve a hacerlo. Pero creo que con usted me expone al juicio de un extranjero respetado. Calcula las cosas con cuidado. Ahora está en su segundo día en la isla. No conociste al Viejo Comandante y su forma de pensar. Estás atrapado en una forma europea de ver las cosas. Quizás te opones fundamentalmente a la pena de muerte en general y a este tipo de ejecución mecánica en particular. Además, ves cómo la ejecución es un procedimiento triste, sin ninguna participación pública, utilizando una máquina parcialmente dañada. Ahora bien, si tomamos todo esto en conjunto (así lo piensa el Comandante) seguramente se podría imaginar fácilmente que usted no consideraría mi procedimiento adecuado. Y si no lo consideraras correcto, no te callarías al respecto -sigo diciendo lo que piensa el

Comandante- pues sin duda tienes fe en que tus convicciones probadas son correctas. Es cierto que has visto muchas cosas peculiares entre muchos pueblos y has aprendido a respetarlas. Por eso, probablemente no te manifestarás en contra del procedimiento con toda tu fuerza, como tal vez lo harías en tu propia patria. Pero el Comandante no necesita eso. Una palabra casual, un simple comentario descuidado, es suficiente. No tiene que coincidir en absoluto con sus convicciones, siempre que corresponda a sus deseos. Estoy seguro de que utilizará toda su astucia para interrogarte. Y sus mujeres se sentarán en círculo y aguzarán el oído. Dirán algo así como: "Entre nosotros los procedimientos judiciales son diferentes", o "Con nosotros el acusado es interrogado antes del veredicto", o "Nosotros sólo teníamos tortura en la Edad Media". Para usted estas observaciones parecen tan correctas como evidentes, observaciones inocentes que no impugnan mi procedimiento. ¿Pero cómo las tomará el Comandante? Lo veo, nuestro excelente Comandante, la forma en que aparta inmediatamente su taburete y se apresura a salir al balcón; veo a sus mujeres, cómo corren tras él. Oigo su voz, las mujeres la llaman voz de trueno. Y ahora habla: "Un gran explorador occidental al que se le ha encargado la inspección de los procedimientos judiciales en todos los países acaba de decir que nuestro proceso basado en las viejas costumbres es inhumano. Después del veredicto de tal personalidad, por supuesto, ya no me es posible tolerar este procedimiento. Así que a partir de hoy ordeno... y así sucesivamente". Usted quiere intervenir -no ha dicho lo que él relata-, no ha calificado mi procedimiento de inhumano; por el contrario, de acuerdo con su profunda perspicacia, lo considera de lo más humano y digno del ser humano. Usted también admira esta maquinaria. Pero es demasiado tarde. Ni siquiera sales al balcón, que ya está lleno de mujeres. Quieres llamar la atención. Quieres gritar. Pero la mano de una dama te tapa la boca, y yo y el trabajo del Viejo Comandante estamos perdidos".

El Viajero tuvo que reprimir una sonrisa. Así que el trabajo que había considerado tan difícil era fácil. Dijo evasivamente: "Estás exagerando mi influencia. El comandante ha leído mis cartas de recomendación. Sabe que no soy un experto en procesos judiciales. Si tuviera que expresar una opinión, sería la de un lego, no más significativa que la opinión de cualquier otra persona, y en cualquier caso mucho menos significativa que la opinión del Comandante, que, según tengo entendido, tiene poderes muy amplios en esta colonia penal. Si su opinión sobre este procedimiento es tan definitiva como usted cree, me temo que ha llegado el momento de que este procedimiento termine, sin necesidad de mi humilde opinión."

¿Entendía ya el oficial? No, todavía no lo había entendido. Sacudió vigorosamente la cabeza, volvió a mirar brevemente al Condenado y al Soldado, que se estremecieron y dejaron de comer el arroz, se acercó mucho al Viajero, sin mirarle a la cara, pero sí a partes de su chaqueta, y le dijo con más suavidad que antes "Usted no conoce al Comandante. En lo que respecta a él y a todos nosotros, usted es - perdóneme la expresión- hasta cierto punto inocente. Su influencia, créame, no puede ser sobrestimada. De hecho, me alegré mucho cuando me enteré de que ibas a estar presente en la ejecución por ti mismo. Esta orden del Comandante estaba dirigida a mí, pero ahora la convertiré en mi ventaja. Sin distraerse con falsas insinuaciones y miradas despectivas -que no podrían haberse evitado con un mayor número de participantes en la ejecución- ha escuchado mi explicación, ha mirado la máquina y ahora está a punto de ver la ejecución. Sin duda, su veredicto ya está fijado. Si quedan algunas pequeñas incertidumbres, presenciar la ejecución las eliminará. Y ahora te pido que me ayudes con el Comandante".

El Viajero no le dejó seguir hablando. "¿Cómo puedo hacer eso?", gritó. "Es totalmente imposible. Puedo ayudarte tan poco como perjudicarte".

"Podrías hacerlo", dijo el Oficial. Con cierta aprensión, el Viajero observó que el Oficial apretaba los puños. "Podrías hacerlo", repitió el oficial, con más énfasis aún. "Tengo un plan que debe tener éxito. Usted cree que su influencia es insuficiente. Sé que será suficiente. Pero suponiendo que tengas razón, ¿no es necesario para salvar todo este procedimiento que uno intente incluso aquellos métodos que pueden ser inadecuados? Así que escucha mi plan. Para llevarlo a cabo, es necesario, sobre todo, que te mantengas lo más callado posible hoy en la colonia acerca de tu veredicto sobre este procedimiento. A menos que alguien te pregunte directamente, no debes expresar ninguna opinión. Pero lo que digas debe ser breve y vago. La gente debe notar que te cuesta hablar del tema, que te sientes amargado, que, si hablaras abiertamente, tendrías que estallar maldiciendo en el acto. No te pido que mientas, en absoluto. Sólo debes dar respuestas breves, algo así como: "Sí, he visto la ejecución" o "Sí, he oído la explicación completa". Eso es todo, nada más. Porque eso será suficiente indicación para que la gente observe en ti cierta amargura, aunque no sea eso lo que piense el Comandante. Naturalmente, él malinterpretará completamente el asunto y lo interpretará a su manera. Mi plan se basa en eso. Mañana se celebra en el cuartel general una gran reunión de todos los altos cargos administrativos bajo la presidencia del Comandante. Él, por supuesto, sabe cómo convertir una reunión de este tipo en un espectáculo. Se ha construido una galería, que siempre está llena de espectadores. Me veo obligado a participar en las discusiones, aunque me llenan de asco. En cualquier caso, seguro que serás invitado a la reunión. Si sigues mi plan de hoy y te comportas como es debido, la invitación se convertirá en una enfática petición. Pero si, por alguna razón inexplicable, aún no fueras invitado, debes asegurarte de solicitar una invitación. Entonces recibirás una sin duda. Ahora, mañana te sentarás con las mujeres en el palco del comandante. Con frecuentes miradas hacia arriba se asegura de que estás allí. Después de varios puntos triviales y ridículos del orden del día diseñados para los

espectadores -la mayoría de las veces la construcción de un puerto, siempre la construcción de un puerto-, se discute el proceso judicial. Si no lo plantea el propio Comandante o no lo hace con la suficiente antelación, me aseguraré de que salga a relucir. Me pondré de pie e informaré sobre la ejecución de hoy. Muy brevemente: sólo el informe. Tal informe no es realmente habitual; sin embargo, lo haré, no obstante. El Comandante me agradece, como siempre, con una sonrisa amistosa. Y ahora no puede contenerse. Aprovecha esta excelente oportunidad. El informe de la ejecución", dirá, o algo así, "acaba de ser entregado. Me gustaría añadir a este informe sólo el hecho de que a esta ejecución en particular asistió el gran explorador cuya visita confiere un honor tan extraordinario a nuestra colonia, como todos ustedes saben. Incluso la importancia de nuestra reunión de hoy se ha visto incrementada por su presencia. ¿No deberíamos pedir ahora a este gran explorador su valoración de la ejecución basada en las antiguas costumbres y del proceso que la ha precedido? Por supuesto, se oye el ruido de los aplausos por todas partes, el acuerdo universal. Y yo soy más ruidoso que nadie. El Comandante se inclina ante ti y dice: 'Entonces, en nombre de todos, te planteo la pregunta'. Y ahora te acercas a la barandilla. Coloca tus manos donde todos puedan verlas. De lo contrario, las damas las agarrarán y jugarán con tus dedos. Y ahora, finalmente, vienen tus comentarios. No sé cómo voy a soportar la tensión hasta entonces. En tu discurso no debes contenerte. Deja que la verdad resuene. Inclínate sobre la barandilla y grítalo; sí, sí, ruge tu opinión al Comandante, tu opinión inamovible. Pero tal vez no quieras hacer eso. No va con su carácter. Tal vez en su país la gente se comporta de manera diferente en tales situaciones. No hay problema. Es perfectamente satisfactorio. No te pongas de pie. Sólo diga un par de palabras. Susúrralas para que sólo los funcionarios que están debajo de usted puedan oírlas. Eso es suficiente. Ni siquiera tienes que decir nada sobre la falta de asistencia a la ejecución o sobre la rueda que chirría, la correa rota, el fieltro asqueroso. No. Yo me encargaré de todos los detalles adicionales y, créame, si mi discurso no lo expulsa de la sala, lo obligará a arrodillarse, para que tenga que admitirlo: "Viejo comandante, me inclino ante usted". Ese es mi

plan. ¿Quieres ayudarme a llevarlo a cabo? Pero, por supuesto, quieres hacerlo. Más que eso, tienes que hacerlo".

Y el oficial agarró al viajero por ambos brazos y lo miró, respirando con fuerza en su cara. Había gritado las últimas frases tan fuerte que hasta el soldado y el condenado estaban prestando atención. Aunque no entendían nada, dejaron de comer y miraron al Viajero, que seguía masticando.

Desde el principio, el Viajero no había tenido dudas sobre la respuesta que debía dar. Había experimentado demasiadas cosas en su vida como para poder vacilar en este sentido. Básicamente, era honesto y no tenía miedo. Sin embargo, con el Soldado y el Condenado mirándolo, dudó un momento. Pero finalmente dijo, como tenía que hacerlo, "No". Los ojos del Oficial parpadearon varias veces, pero no apartó la mirada del Viajero. "¿Quiere una explicación?", preguntó el Viajero. El oficial asintió con la cabeza. "Me opongo a este procedimiento", dijo el viajero. "Incluso antes de que usted me tomara confianza -y, por supuesto, nunca abusaré de su confianza bajo ninguna circunstancia- ya estaba pensando en si tenía derecho a intervenir contra este procedimiento y si mi intervención podía tener la más mínima posibilidad de éxito. Y si ese era el caso, tenía claro a quién debía dirigirme en primer lugar - naturalmente, al Comandante-. Usted me aclaró aún más la cuestión, pero sin reforzar mi decisión, sino todo lo contrario. Su convicción me parece realmente conmovedora, aunque no pueda disuadirme".

El Oficial permaneció callado, se volvió hacia la máquina, agarró una de las varillas de latón y luego, inclinándose un poco hacia atrás, miró al inscriptor, como si comprobara que todo estaba en orden. El Soldado y el Condenado parecían haberse hecho amigos el uno del otro. El Condenado le hacía señas al Soldado, aunque,

dadas las apretadas correas que llevaba, le resultaba difícil hacerlo. El soldado se inclinaba hacia él. El Condenado le susurró algo y el Soldado asintió. El Viajero se acercó al Oficial y le dijo: "Todavía no sabes lo que voy a hacer. Sí, le diré al Comandante mi opinión sobre el procedimiento; no en una reunión, sino en privado. Además, no me quedaré aquí lo suficiente como para que me llamen a alguna reunión. Mañana temprano me voy, o al menos subo al barco". No parecía que el oficial hubiera estado escuchando. "Así que el proceso no te ha convencido", se dijo a sí mismo, sonriendo de la forma en que un anciano sonríe por la tontería de un niño, ocultando sus propios y verdaderos pensamientos detrás de esa sonrisa.

"Pues bien, ha llegado la hora", dijo finalmente, y de repente miró al Viajero con unos ojos brillantes que contenían algún tipo de exigencia, algún llamamiento a la participación. "¿Hora de qué?", preguntó el Viajero con inquietud. Pero no hubo respuesta.

"Eres libre", le dijo el oficial al condenado en su propio idioma. Al principio el hombre no le creyó. "Ahora eres libre", dijo el oficial. Por primera vez, el rostro del condenado mostró signos de vida real. ¿Era la verdad? ¿Era sólo el estado de ánimo del oficial, que podía cambiar? ¿El viajero extranjero le había traído un indulto? ¿Qué era? Eso es lo que parecía preguntar el rostro del hombre. Pero no por mucho tiempo. Sea como fuere, si podía quería ser realmente libre, y comenzó a agitarse de un lado a otro, tanto como le permitía la grada.

"Me estás rompiendo las correas", gritó el oficial. "¡Quieto! Las desharemos enseguida". Y, dando una señal al Soldado, se puso a trabajar con él. El condenado no dijo nada y sonrió ligeramente para sí mismo. Volvió su rostro hacia el Oficial y luego hacia el Soldado y luego de nuevo, sin ignorar al Viajero.

"Sácalo", le ordenó el Oficial al Soldado. Este proceso requería cierto cuidado debido a la grada. El Condenado ya tenía algunas pequeñas heridas en la espalda, gracias a su propia impaciencia.

Sin embargo, a partir de este momento, el Oficial apenas le prestó atención. Se acercó al Viajero, sacó una vez más la pequeña carpeta de cuero, la hojeó, encontró por fin la hoja que buscaba y se la mostró. "Lee esto", le dijo. "No puedo", dijo el viajero. "Ya te he dicho que no puedo leer estas páginas". "Pero fíjese bien en la página", dijo el Oficial, y se puso al lado del Viajero para leer con él. Como eso no sirvió de nada, levantó el dedo meñique por encima del papel, como si la página no debiera ser tocada bajo ninguna circunstancia, para que con ello pudiera facilitarle al Viajero la tarea de leer. El Viajero también hizo un esfuerzo para que al menos pudiera satisfacer al Oficial, pero le fue imposible. Entonces el oficial comenzó a deletrear la inscripción y luego leyó de nuevo las letras unidas. "'Sé justo', dice", dijo. "Ahora puedes leerla". El Viajero se inclinó tanto sobre el papel que el Oficial, temiendo que lo tocara, lo alejó. El Viajero no dijo nada más, pero estaba claro que seguía sin poder leer nada. "'¡Sé justo!', dice", comentó el Oficial una vez más.

"Puede ser", dijo el Viajero. "Creo que está escrito ahí". "Bien", dijo el Oficial, al menos parcialmente satisfecho. Subió a la escalera, sosteniendo el papel. Con mucho cuidado colocó la página en el inscriptor y pareció girar el mecanismo de engranaje por completo. Era un trabajo muy agotador. Debía de tener que lidiar con ruedas extremadamente pequeñas. Tenía que inspeccionar los engranajes tan de cerca que a veces su cabeza desaparecía por completo dentro de la inscriptora.

El Viajero seguía este trabajo desde abajo sin apartar la vista. El cuello se le ponía rígido y los ojos encontraban dolorosa la luz del sol que caía del cielo. El Soldado y el Condenado se mantenían

ocupados mutuamente. Con la punta de su bayoneta, el soldado sacó la camisa y los pantalones del condenado que estaban en el agujero. La camisa estaba terriblemente sucia y el condenado la lavó en el cubo de agua. Cuando se puso la camisa y los pantalones, el soldado y el condenado tuvieron que reírse a carcajadas, pues las prendas estaban cortadas en dos por la espalda. Tal vez el condenado pensó que era su deber divertir al soldado. Con sus ropas desgarradas, rodeó al Soldado, que se agachó en el suelo, se rió y se golpeó las rodillas. Pero se contuvo por consideración a los dos caballeros presentes.

Cuando el Oficial terminó por fin con la máquina, con una sonrisa miró una vez más el conjunto y todas sus partes, y esta vez cerró la tapa del inscriptor, que había estado abierta hasta ese momento. Bajó, miró dentro del agujero y luego al Condenado, observó con satisfacción que se había sacado la ropa, luego se dirigió al cubo de agua para lavarse las manos, reconoció demasiado tarde que estaba asquerosamente sucio, y se molestó porque ahora no podía lavarse las manos. Finalmente las metió en la arena. Esta opción no le satisfacía, pero tenía que hacer lo que pudiera en estas circunstancias. Entonces se levantó y empezó a desabrochar la chaqueta de su uniforme. Al hacerlo, cayeron en sus manos los dos pañuelos de señora que había metido en la parte trasera de su cuello. "Aquí tienes tus pañuelos", dijo y se los arrojó al Condenado. Y al Viajero le dijo a modo de explicación: "Regalos de las damas".

A pesar de la evidente rapidez con la que se quitó la capa de su uniforme y luego se desnudó por completo, manipuló cada prenda con mucho cuidado, incluso pasó los dedos por las trenzas de plata de su túnica con especial cuidado y sacudió una borla en su lugar. Pero en gran contraste con este cuidado, en cuanto terminaba de manipular una prenda, la arrojaba inmediatamente con rabia al agujero. Lo último que le quedaba era su espada corta y su arnés. Sacó la espada de su vaina, la rompió en pedazos, recogió todo -los

trozos de la espada, la vaina y el arnés- y los tiró con tanta fuerza que resonaron unos contra otros en el pozo.

Ahora estaba desnudo. El Viajero se mordió el labio y no dijo nada. Era consciente de lo que iba a ocurrir, pero no tenía derecho a obstaculizar al oficial de ninguna manera. Si el proceso judicial al que se aferraba el oficial estaba realmente tan cerca de ser cancelado -quizás como resultado de la intervención del Viajero, algo a lo que él por su parte se sentía obligado-, entonces el Oficial estaba actuando ahora de manera completamente correcta. En su lugar, el Viajero no habría actuado de forma diferente.

El Soldado y el Condenado al principio no entendían nada. Para empezar no miraron, ni siquiera una vez. El Condenado se alegró mucho de recuperar los pañuelos, pero no pudo disfrutarlos mucho tiempo, pues el Soldado se los arrebató con un rápido agarre, que no había previsto. El Condenado trató entonces de sacar los pañuelos del cinturón del Soldado, donde los había puesto a buen recaudo, pero el Soldado era demasiado cauteloso. Así que se pelearon, medio en broma. Sólo cuando el Oficial estaba completamente desnudo empezaron a prestar atención. El Condenado, especialmente, pareció ser golpeado por una premonición de algún tipo de transformación significativa. Lo que le había sucedido a él estaba ocurriendo ahora con el Oficial. Tal vez esta vez el procedimiento se desarrollaría hasta su conclusión. El Viajero extranjero probablemente había dado la orden. Así que eso era una venganza. Sin haber sufrido él mismo hasta el final, sin embargo se vengaría completamente. Una amplia y silenciosa carcajada apareció ahora en su rostro y no desapareció.

El oficial, sin embargo, se había vuelto hacia la máquina. Si antes ya había quedado claro que entendía la máquina a fondo, uno podría alarmarse ahora por la forma en que la manejaba y cómo obedecía.

Sólo tuvo que acercar la mano a la grada para que ésta se levantara y se hundiera varias veces, hasta alcanzar la posición correcta para hacerle sitio. Sólo tuvo que agarrar la cama por los bordes, y ya empezó a temblar. El muñón de fieltro se acercó a su boca. Se notaba que el oficial no quería aceptarlo, pero su vacilación fue sólo momentánea: se sometió inmediatamente y lo tomó. Todo estaba listo, excepto que las correas aún colgaban a los lados. Pero eran claramente innecesarias. El Oficial no tenía que estar atado. Cuando el Condenado vio las correas sueltas, pensó que la ejecución estaría incompleta si no estaban atadas. Hizo un gesto de entusiasmo al Soldado, y corrieron a atar al Oficial. Este último ya había sacado el pie para dar una patada a la manivela destinada a poner en marcha el inscriptor. Entonces vio que se acercaban los dos hombres. Así que retiró el pie y se dejó atar. Pero ahora ya no podía alcanzar la manivela. Ni el Soldado ni el Condenado la encontrarían, y el Viajero estaba decidido a no tocarla. Pero eso era innecesario. Apenas se colocaron las correas cuando la máquina ya empezó a funcionar. La cama temblaba, las agujas bailaban sobre su piel y la grada se balanceaba hacia arriba y hacia abajo. El Viajero ya llevaba un rato mirando antes de recordar que una rueda del inscriptor debía chirriar. Pero todo estaba en silencio, sin el más mínimo zumbido audible.

Debido a su funcionamiento silencioso, la máquina no llamaba realmente la atención. El Viajero miró al Soldado y al Condenado. El condenado era el más animado de los dos. Todo lo que había en la máquina le interesaba. A veces se agachaba, otras veces se estiraba, siempre señalando con el dedo índice para mostrarle algo al Soldado. Para el Viajero era embarazoso. Estaba decidido a permanecer aquí hasta el final, pero ya no podía soportar la visión de los dos hombres. "Vete a casa", dijo. El Soldado podría haber estado dispuesto a hacerlo, pero el Condenado tomó la orden como un castigo directo. Con las manos cruzadas, rogó y suplicó que le permitieran quedarse allí. Y cuando el Viajero negó con la cabeza y no estaba dispuesto a ceder, incluso se arrodilló. Viendo que las

órdenes no servían de nada, el Viajero quiso acercarse y echar a los dos.

Entonces oyó un ruido en el inscriptor. Miró hacia arriba. ¿Era la rueda dentada la que se desajustaba? Pero era otra cosa. La tapa del inscriptor se levantaba lentamente. Luego se abrió por completo. Los dientes de una rueda dentada quedaron al descubierto y se levantaron. Pronto apareció toda la rueda. Era como si una enorme fuerza comprimiera el inscriptor, de modo que ya no había espacio suficiente para esta rueda. La rueda rodó hasta el borde del inscriptor, cayó, rodó un poco en la arena y luego cayó y se quedó quieta. Pero ya en el inscriptor otra rueda dentada se movía hacia arriba. Le siguieron varias más, grandes, pequeñas, difíciles de distinguir. Con cada una de ellas ocurría lo mismo. Uno seguía pensando que ahora el inscriptor debía estar seguramente vacío, pero entonces un nuevo grupo con muchas piezas se movía hacia arriba, caía, rodaba en la arena y se quedaba quieto. Con todo esto, el condenado olvidó por completo la orden del viajero. Las ruedas dentadas le encantaron por completo. No dejaba de querer agarrar una, y al mismo tiempo instaba al Soldado a que le ayudara. Pero seguía retirando la mano sobresaltado, pues inmediatamente le seguía otra rueda que, al menos en su rodamiento inicial, le sorprendía.

El Viajero, en cambio, estaba muy alterado. Evidentemente, la máquina se estaba rompiendo. Su funcionamiento silencioso había sido una ilusión. Se sentía como si tuviera que cuidar al Oficial, ahora que éste ya no podía cuidarse a sí mismo. Pero mientras la caída de las ruedas dentadas reclamaba toda su atención, había descuidado mirar el resto de la máquina. Sin embargo, cuando ahora se inclinó sobre la grada, una vez que la última rueda dentada había abandonado el inscriptor, se llevó una nueva y aún más desagradable sorpresa. La grada no escribía, sino que sólo apuñalaba, y la cama no hacía rodar el cuerpo, sino que lo

levantaba, tembloroso, hacia las agujas. El Viajero quería meter la mano para detener todo aquello, si era posible. Esta no era la tortura que el Oficial deseaba conseguir. Era un asesinato, puro y duro. Extendió las manos. Pero en ese momento la grada ya se movía hacia arriba y hacia un lado, con el cuerpo ensartado, como lo hizo en otros casos, pero sólo en la duodécima hora. La sangre brotaba en cientos de chorros, sin mezclarse con el agua: los tubos de agua tampoco habían funcionado esta vez. Entonces, una última cosa falló: el cuerpo no se soltaba de las agujas. Su sangre salía a borbotones, pero colgaba sobre la fosa sin caer. La grada quiso volver a su posición original, pero, como si se diera cuenta de que no podía liberarse de su carga, permaneció sobre el agujero.

"Ayuda", gritó el Viajero al Soldado y al Condenado, y agarró los pies del Oficial. Quiso empujar él mismo los pies y hacer que los otros dos agarraran la cabeza del Oficial por el otro lado, para poder sacarlo lentamente de las agujas. Pero ahora los dos hombres no se decidían a venir o no. El Condenado se apartó de inmediato. El Viajero tuvo que acercarse a él y arrastrarlo a la cabeza del Oficial por la fuerza. En ese momento, casi contra su voluntad, miró el rostro del cadáver. Estaba como en su vida. No pudo descubrir ningún signo de la prometida transfiguración. Lo que todos los demás habían encontrado en la máquina, el oficial no lo había hecho. Sus labios estaban firmemente apretados, sus ojos estaban abiertos y tenían el mismo aspecto que cuando estaba vivo, su mirada era tranquila y convencida. La punta de una gran aguja de hierro le había atravesado la frente.

Cuando el Viajero, con el Soldado y el Condenado detrás de él, llegó a las primeras casas de la colonia, el Soldado señaló una y dijo: "Esa es la casa de té".

En la planta baja de una de las casas había una habitación profunda y baja, como una cueva, con las paredes y el techo cubiertos de humo. Por el lado de la calle estaba abierta en toda su anchura. Aunque había poca diferencia entre la casa de té y el resto de las casas de la colonia, que estaban todas muy deterioradas, excepto la estructura palaciega del Comandante, el Viajero se sintió impresionado por la memoria histórica, y sintió el poder de los tiempos pasados. Seguido por sus compañeros, se acercó, pasando entre las mesas desocupadas, que se encontraban en la calle frente a la casa de té, y tomó una bocanada del aire fresco y cargado que provenía del interior. "El viejo está enterrado aquí -dijo el soldado-; el capellán le negó un lugar en el cementerio. Durante mucho tiempo la gente estuvo indecisa sobre dónde enterrarlo. Finalmente lo enterraron aquí. Por supuesto, el oficial no les explicó nada de eso, pues naturalmente era el más avergonzado al respecto. Unas cuantas veces incluso trató de desenterrar al viejo por la noche, pero siempre lo ahuyentaban". "¿Dónde está la tumba?", preguntó el Viajero, que no podía creer al Soldado. Al instante ambos hombres, el Soldado y el Condenado, corrieron delante de él y con las manos extendidas señalaron el lugar donde se encontraba la tumba. Condujeron al Viajero hasta la pared del fondo, donde había invitados sentados en unas mesas. Se trataba presumiblemente de trabajadores portuarios, hombres fuertes con barbas cortas, brillantes y negras. Ninguno llevaba abrigo y sus camisas estaban rotas. Eran gente pobre y oprimida. Cuando el Viajero se acercó, algunos se levantaron, se apoyaron en la pared y le miraron. Un murmullo rodeó al Viajero: "Es un extranjero. Quiere ver la tumba". Apartaron una de las mesas, bajo la cual había una verdadera lápida. Era una piedra sencilla, lo suficientemente baja como para permanecer oculta bajo la mesa. Llevaba una inscripción en letras muy pequeñas. Para leerla, el viajero tuvo que arrodillarse. Decía: "Aquí descansa el Viejo Comandante. Sus seguidores, a los que ahora no se les permite tener un nombre, lo enterraron en esta tumba y erigieron esta piedra. Existe una profecía según la cual el

Comandante resucitará al cabo de un cierto número de años y desde esta casa dirigirá a sus seguidores a la reconquista de la colonia. Tengan fe y esperen".

Cuando el Viajero la leyó y se levantó, vio a los hombres que estaban a su alrededor y sonreían, como si hubieran leído la inscripción con él, la encontrarán ridícula y le pidieran que compartiera su opinión. El Viajero actuó como si no se hubiera dado cuenta, distribuyó algunas monedas entre ellos, esperó a que la mesa fuera empujada de nuevo sobre la tumba, salió de la casa de té y se dirigió al puerto.

En la casa de té, el Soldado y el Condenado se habían cruzado con unos conocidos que los retuvieron. Sin embargo, debieron liberarse pronto de ellos, porque cuando el Viajero se encontró en medio de una larga escalera que llevaba a los barcos, ya estaban corriendo tras él. Probablemente querían obligar al Viajero en el último momento a llevarlos con él. Mientras el Viajero regateaba al pie de la escalera con un marinero sobre su pasaje hacia el vapor, los dos hombres bajaban corriendo los escalones en silencio, pues no se atrevían a gritar. Pero cuando llegaron al fondo, el Viajero ya estaba en el barco, y el marinero soltó enseguida amarras desde la orilla. Todavía podían haber saltado al barco, pero el Viajero cogió una pesada cuerda anudada del fondo del barco, les amenazó con ella y así les impidió saltar.

FIN